

RECEPCIÓN PÚBLICA DEL EXCMO.
SR. D. KLAUS WAGNER ERBSKORN
Y
CONSTESTACIÓN POR EL ACADÉMICO
DE NÚMERO EXCMO. SR. D. ROGELIO
REYES CANO

13 DE FEBRERO DE 2000

LA LOCURA DE DON HERNANDO COLÓN

Por KLAUS WAGNER ERBSKORN

Excmo. Señor Director de la Real Academia Sevillana de
Buenas Letras,

Excma. Señora Académica,

Excmos. e Ilmos. Señores Académicos,

Excmas. e Ilmas. Autoridades,

Señoras y Señores:

Mis palabras iniciales han de ser, Excelentísimos Señora y Señores, de gratitud. Ser recibido en esta histórica Academia Sevillana de Buenas Letras es alto honor, especialmente para quien de la enseñanza y cultivo de las mismas, en la medida de sus fuerzas, ha hecho su profesión y medio de vida; y sería ocioso recordar que vivimos, en gran parte, lo que profesamos.

Además, estas palabras han de ser no sólo de gratitud, sino también de gratulación, palabra que, aunque tenga la misma raíz de lo grato, significa algo diverso, la felicitación propia de encontrarme entre vosotros.

Séame, pues, permitido manifestaros primero mi gratitud por vuestra benevolencia y, después, esa gratulación que en mí es doblemente sentida, porque me incorporo a tan ilustre Academia de la ciudad y del país, que en un acto de elección personal he querido hacer míos.

Quiero, como es debido, evocar la figura del Excelentísimo Señor Don Juan Infante-Galán, que me antecedió entre vosotros y con cuya amistad me honré, y traerla a la memoria piadosa de esta Academia. Su obra escrita y su vida, tan implicada con la religiosidad popular, ha dejado un largo eco. En él se producía esa feliz conjunción entre obra y vida, que reduce a una excelente identidad al sabio y al creyente. Quede, pues, siempre en nuestro recuerdo.

Quiero dedicar también un cariñoso recuerdo a mi querido compañero y amigo Alfonso Braojos, elegido académico de número el mismo día que yo. No puede estar hoy con nosotros como todos quisiéramos. Una cruel enfermedad segó su vida en la plenitud de su fructífera existencia.

Pretendo hablaros en la mañana de hoy sobre el tema titulado, y se verá por qué, *La "locura" de don Hernando Colón*.

Si aún hoy la magnitud de la Biblioteca Colombina nos causa viva admiración y hasta asombro, a pesar de las pérdidas sufridas a lo largo de su azarosa historia, cuánto mayor sería el estupor que provocara entre aquellos de los contemporáneos de don Hernando Colón que tuvieron el privilegio de verla, o simplemente recibieron noticia de ella. El historiador de la conquista de México Francisco López de Gómara, el cronista de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo, además de los humanistas sevillanos Pero Mexía, cronista del Emperador, Alonso García de Matamoros, Juan de Mal Lara, fundador de la célebre Escuela de Humanidades y Gramática, junto a la Alameda de Hércules, o el grave literato y bibliófilo Gonzalo Argote de Molina, personajes todos sobresalientes en el universo de las letras, pensamiento o ciencias, se deshacen en elogios personales para con su ilustre coetáneo y su renombrada biblioteca, que a su decir contenía unos doce, trece, veinte y hasta veinticinco mil volúmenes, alcanzando proporciones verdaderamente insólitas para su tiempo. Hoy sabemos que don Hernando Colón reunió al menos 15.344 libros, entre impresos y manuscritos, cuyo número puede aumentar fácilmente si tenemos en cuenta que numerosos volúmenes son facticios y contienen varias obras diferentes, como quedará de manifiesto al finalizar el *Catálogo Concordado de la Biblioteca de don Hernando Colón* que traemos entre manos.

Sin duda, la Librería Fernandina, que es así como don Hernando quiso que se llamase su biblioteca, es la mayor de carácter privado que se conoce en su época, reunida a lo largo de toda una vida, con tesón, sacrificio y grandes dispendios. "Quid enim aliud dicam de illa bibliotheca, quam aliquot iam annos, tot tantisque exantlatis laboribus moliris?", escribe Nicolás Clenardo en la carta dedicatoria de su edición del *Decadis prime liber I* de Tito Livio, Salamanca, 1533, y añade "Sane sumptu, magnificentiaque mirum in modum spectande sunt edes tue Hispalenses: at multo magis librorum thesauris commendande: quod inde proferre liceat, quicquid vsque scriptorum exortum est. Quas divitias, literatas opes, vt vndique vel e penitissimis angulis erueres: iam semel atque iterum, dulci relicta patria, vniuersam ferme Europam perlustrasti, nullo neque pecuniarum dispendio, neque viarum periculo deterritus".

A todas luces, la empresa que acometió don Hernando y las metas que con ella se había marcado se salen de lo común, como así lo percibió el bachiller Juan Pérez su amigo y fiel factotum en la librería. Haciéndose probablemente eco de la opinión pública de la Sevilla de su tiempo, escribe en su *Memoria de las obras y libros de don Hernando Colón*: "que esta obra fue como dicho tengo digna de grande admiración y para podello exprimir como lo siento quisiera el Espíritu Santo alumbrara mi entendimiento y avivara mi lengua para poder darlo a entender como yo lo siento, que querello engrandecer ni loar es lucura [*sic*], pues que ello manifiesta lo que es".

Sin embargo, para muchos contemporáneos y, particularmente para algunos de sus coterráneos, don Hernando debía de ser un enigma. No se correspondía con el hombre ideal del Renacimiento que postulara Baldassare Castiglione en su libro *Il Cortigiano*, el de armas y letras, como lo fuera Garcilaso de la Vega y, aun reconociéndole una vida virtuosa y dedicada al estudio, no lograron comprender realmente los motivos que le impulsaban. Tanto la personalidad de don Hernando Colón como su obra, no se ajustaban ni a un canon ideal ni a un comportamiento corriente, y suscitaban por ello no sólo la incomprensión de algunos, sino incluso su desaprobación. Como recuerda Juan Pérez, "no lo advirtiéndoles que fuera mejor que estos dineros y tiempo que en esta sancta obra

empleó, lo empleara en cetrería o en otros ejercicios de caballeros, y aunque así no lo digan, virtualmente lo quieren decir, pues no lo aprueban lo que hizo.”

No participó Hernando Colón, como hemos dicho, de la ambivalencia expresada por el tópico de las armas y las letras, pero sí de esa otra cualidad propia del genio renacentista, la curiosidad intelectual por la diversidad de las cosas, que le llevó a adentrarse en los dominios más dispares. Fue un hombre polifacético, amante de la poesía, la música y la pintura, que cultivó, aunque sin destacar, cosmógrafo y nauta; filólogo; geógrafo, historiador del Descubrimiento y biógrafo de su padre. Pero la faceta más sobresaliente por la que alcanzó la fama e inmortalidad es la de su irreductible afición por los libros, a los que dedicó su existencia, viviendo por ellos y para su biblioteca.

Don Cristóbal Colón reconoció pronto los extraordinarios talentos del hijo que hubo de la cordobesa Beatriz Enríquez de Arana, “que bien que él sea niño en días” - escribe en 1504 - “non es ansí en el entendimiento”; juicio en el que insistirá más tarde el padre Fray Bartolomé de Las Casas en su *Historia de las Indias*, cuando refiere que don Hernando “era inclinado a las ciencias y a tener muchos libros”. Pero nadie mejor que el fiel amigo y colaborador, el ya nombrado bachiller Juan Pérez, supo captar el carácter y temperamento peculiar de su amo y condensarlo en estas palabras rebosantes de cariño y admiración: “Tuvo también don Hernando mi señor, que está en gloria, muy gran deseo de allegar muchos libros y aun todos los que pudiese hallar (...). Este deseo que tuvo tan intenso fue y es digno de admiración, y de [él] resulta y siempre se seguirá provecho incomparable”.

De dónde le vendría este amor tan desmesurado por los libros es una cuestión difícil de contestar. Todos los testimonios referentes a sus relaciones con el mundo del libro son de fecha tardía, cuando en algunos documentos, pero principalmente en su testamento, se ocupa de la espléndida biblioteca que había logrado crear en Sevilla. No obstante, es lícito admitir que su afición por los libros y las inquietudes intelectuales se despertaran en una época temprana de su vida, posiblemente de la mano de Pietro Martire d’Anghiera. El humanista italiano, instalado en la corte de

los Reyes Católicos en la que fomentó con otros compatriotas suyos una cultura libresca - y no precisamente "de estufa", como escribe Ramón Iglesia - , fue preceptor del malogrado príncipe Juan, del que eran pajes los dos hermanos Colón, Hernando y Diego, por una merced que los monarcas otorgaron a su padre en 1493. Y las sin duda exquisitas enseñanzas de hombre tan destacado marcarían más profundamente el desarrollo intelectual del joven Hernando que ese primer contacto con los libros que pudo tener en el ambiente familiar. En efecto, como acertadamente señala Juan Gil, don Cristóbal sólo llegó a formar una pequeña pero, por otra parte, selecta biblioteca, de obras exclusivamente científicas, en una fecha bastante avanzada y posterior a su segundo viaje a las Indias.

A su muerte, Hernando Colón dejó una biblioteca singularmente grandiosa, que fue - y sigue siendo - el asombro de propios y extraños. Y cuando nos preguntamos si es obra de un bibliófilo excepcional o la de un bibliómano, hemos de respondernos que ni lo uno ni lo otro. Fue bibliófilo en el sentido más lato de la palabra, amante de los libros, como lo define por vez primera el padre Esteban de Terreros y Pando en su *Diccionario* de 1768-93, pero no en el sentido estricto que señala al individuo que colecciona libros con criterios selectivos (primeras ediciones, obras de determinados autores o temas, impresos salidos de célebres tipografías o por sus encuadernaciones, etc.).

Don Hernando adquirió, o al menos así se lo propuso, todos los libros que medios y oportunidades le permitieron conseguir. ¿Entonces fue bibliómano? Tampoco. En el para la época meritorio *Diccionario* del padre Terreros recién mencionado se definen también por primera vez las voces "bibliomaniático" y "bibliomanía", esta última como "afán, ansia de tener libros", amén de un comentario personal que se aleja de la asepsia de los diccionarios modernos, y que dice: "La bibliomanía es la enfermedad de este siglo: no obstante juzgo que hai otras más peligrosas, pues prevalecen entre ellas la avaricia y la pereza, que son el remedio de la bibliomanía; pudiéndose decir que es peor la cura que la enfermedad".

Evidentemente, no es este el caso de don Hernando Colón, que, como veremos enseguida, persiguió unos fines mucho más

altos y sin antecedentes en la época, que bien podían parecer a algunos de sus contemporáneos - permítaseme decir - de locura. Recuérdese que en el clásico *Diccionario* de María Moliner se dice que, fuera de los usos clínicos de la palabra "locura", ésta significa particularmente amor desmesurado.

Él mismo explica su proyecto en el *Memorial* que en 1537 dirige al emperador Carlos V, ofreciéndole su librería nada menos que como "Biblioteca Nacional" (!):

Propone:

Primero: "... que aya cierto lugar en los reynos de Vuestra Magestad a do se recogan [*sic*] todos los libros y de todas las lenguas y facultades que se podrán por la christiandad y en fuera della (!) hallar, lo qual hasta oy no se sabe que príncipe aya mandado hazer, porque una cosa es ynstituir librería de los que en sus tiempos se hallan como algunos an fecho, y otra es dar horden cómo para sienpre se busquen y alleguen los que de nuevo sobrevynieren."

Segundo. "... que demás de estar los libros juntos para que no se pierda la memoria de tan nobles varones, como se desvelaron para nuestro bien, [*que*] segund de muchos está ya perdida, de cuya copia e posesión pudiera resultar sertidunbre y sosiego para en las cosas que tocan a la religión y a el gobierno de la república, y ansimesmo servirán para beneficio comú[n]d y para que aya refugio donde los letrados puedan recurrir en qualquier duda que se les ofresciere".

Del soberano, a quien solicita una subvención, espera respuesta "como a príncipe y enperador compete ayudar y fauorescer y ser aconpañado de las letras juntamente con las armas, segúnd que sus claros predecesores en la co[m]pelación de sus leyes lo testifican".

Huelga recordar que tan sublimes aspiraciones no llegaron a realizarse, pero ello no quita para que nos encontremos ante un proyecto extraordinariamente moderno, y por ello difícilmente comprensible para muchos de sus contemporáneos, una empresa con la que Hernando Colón se adelanta al Siglo de las Luces.

Sin embargo, más allá de estas pretensiones, se asoma otra intención más personal si cabe: el anhelo no confesado de emular

al padre, si no en el campo de los descubrimientos y conquistas, sí en el terreno del conocimiento, como lo advierte con singular perspicacia Nicolás Clenardo en su carta dedicatoria, donde se lee: "Itaque tuus ille parens stupendo miraculo, ditionem cultumque Hispanorum alteri mundo inseruit: tu velut beneficium paterni gratiam recepturus, omnium gentium sapientiam in Hispaniam congeris".

Fiel a este propósito, y hay que resaltarlo mucho, las adquisiciones realizadas por Hernando Colón no se someten en absoluto a ninguna restricción de carácter ideológico, religioso o de idioma. Sólo así comprenderemos cómo don Hernando pudo traer de Alemania, de los Países Bajos y, en menor medida, de Francia e Italia, más de mil obras que tratan de la Reforma, tanto desde el campo católico como del protestante. Entre ellas figuran las de Ulrico Zwinglio (29), Felipe Melanchthon (44), una veintena de escritos del propio Lutero, lo mismo que otros de sus adversarios como Juan Dobneck *Cochlaeus*, acérrimo enemigo del heresiarca de Wittenberg, Juan Fabri obispo de Viena, Silvestro Mazzolini *da Prierio*, y de nuestro humanista cordobés Juan Ginés de Sepúlveda, que en 1530, al coincidir ambos en Bolonia durante los días que precedieron a la coronación del Emperador, le obsequia con su *De fato et libero arbitrio contra Lutherum*.

Cuando entre 1640 y 1662 el Santo Oficio de la Inquisición practica sus primeras visitas a la Biblioteca Colombina, propiedad ya entonces del Cabildo Catedral de Sevilla, los censores no debieron quedar poco sorprendidos al encontrarse con el mayor alijo de obras peligrosas y comprometidas jamás reunidas en la España del siglo XVI. Ardua debió de haber sido también la labor de eliminar o al menos censurar el ingente caudal de las obras en cuestión, ya que no obstante su reconocido celo, algunos títulos escaparon a las pesquisas de los infatigables argos del Santo Oficio y, en consecuencia, la Biblioteca guarda aún hoy varios escritos luteranos.

Quede claro que la Reforma y todo lo que supuso en su momento y supone todavía para la espiritualidad de Occidente, no le interesaba a don Hernando, que siempre fue fiel hijo de la Iglesia Católica Romana; pero el hecho de que considerara que estas obras no debían faltar en su librería avala la seriedad de su em-

presa, le honra en nuestra opinión y le destaca por encima de la mayoría de sus contemporáneos. Éstos, de haber conocido realmente esta sección de la Librería Fernandina, no habrían dudado un momento en calificarle de loco, sobre todo en aquellos tiempos que corrían verdaderamente recios, por utilizar una frase de Santa Teresa.

Sin embargo, frente a la intolerancia, don Hernando no estuvo solo en su apertura de mente y espíritu. Por dedicación a obra pareja viene imperioso a nuestra memoria el recuerdo de Sir Thomas Bodley (1545-1613), creador de la célebre Biblioteca Bodleiana de Oxford, que comparte con don Hernando el amor por los libros, la universalidad de la cultura y el libre intercambio de las ideas.

Al lado de las obras en lengua latina, que representan la mayor parte de los libros colombinos, sorprende el riquísimo fondo de obras en las lenguas vernáculas, sobre todo italiana y francesa, castellana, pero también catalana y portuguesa, amén de unos pocos ejemplares en alemán y flamenco. En su gran mayoría pertenecen a las literaturas populares. Y es triste constatar que, siendo piezas especialmente golosas para los desalmados ladrones de libros, la mayoría de estas obras y, en particular las castellanas, desaparecieron para siempre de la Librería Fernandina. Aun así se conservan cerca de 300 impresos en lengua francesa, unos 900 en italiano y 19 en alemán y flamenco.

Hernando Colón fue un hombre decididamente moderno. No sólo prefirió el libro impreso al manuscrito, sino que, como avezado conocedor del mundo del libro en que se fue convirtiendo con el tiempo, prestó especial atención a las que solía llamar "obrezillas" o sea "coplas e refranes e otras cosyillas que también se an de thener en la librería". Es más, dada su condición de obras menores y a veces efímeras, incluso recomienda en su testamento que se tenga "cuydado de comprar todas las obrezillas pequeñas de cualquier calidad que sean, e que proveydos primero de aquellas conpren después las mayores." Y, como conocía bien a los libreros, señala que habiendo "en las pequeñas más dificultad en las buscar", no se debía tratar con los "gruesos y cavdalosos", porque "no tratan ni curan de las obrezillas, porque como son ricos dan de lo que tienen de su tienda, y no quieren yr ni enbiar a saber qué cosas ay en las otras".

Gracias a los desvelos y el aguzado entendimiento de don Hernando, las “obrezillas”, al lado de numerosos incunables y piezas raras y únicas, entre ellas los libros heredados de su padre y de su tío el Adelantado, con importantísimas anotaciones de ambos, representan todavía hoy la parte más valiosa de la Biblioteca Colombina. Junto a las obras de las literaturas francesa e italiana, recién referidas, es preciso recordar la espléndida colección de 260 pronósticos astrológicos pertenecientes a los siglos XV y XVI que se conservan, una de las más notables, si no la más importante, de las que se conocen.

Sería ocioso, por conocido, extendernos sobre los libros que él llama “mayores”, los de fuste, aquellos que conforman el imponente conjunto de la Biblioteca Fernandina, en los que están representados todos los campos del saber de su tiempo: teología, ambos Derechos, filosofía, medicina, astrología y astronomía, cosmografía, geografía, historia, literatura clásica, medieval y contemporánea, sin olvidar la música y las ciencias naturales.

Otro rasgo de modernidad en el talante con que se manifiesta a la hora de nutrir la librería es el interés que don Hernando pone en la adquisición de novedades, “de los que últimamente an salido a luz”, y en la permanente búsqueda de la mejor edición. De hecho, se pueden constatar en su biblioteca repetidas sustituciones. Con el fin de sacar provecho de los libros sustituidos y de los inevitables duplicados y hasta triplicados, tenía proyectado asociar a la Librería Fernandina a un librero o encuadernador sevillano, que se ocupase de la oportuna venta y de su reposición con nuevas obras.

Extraño resulta el tratamiento que don Hernando dio a los libros manuscritos, ya que tan sólo debían comprarse en el caso de disponer de un remanente del presupuesto para adquisiciones de cada año y “que no los aya estanpados con que no los merquen por más prescio que valdrían de estampa”. Así lo estipula en su testamento y así lo hizo desde el principio. De los quince mil y pico de libros que ingresaron en la librería, sólo unos 1.100 son manuscritos, en su mayoría de carácter científico y jurídico, de los cuales se conservan alrededor de 600. Tampoco en lo que a la calidad de los mismos se refiere, resisten la comparación con los impresos. Aun así, trajo a Sevilla algunos códices notables, entre

ellos uno carolingio del siglo IX, otros supuestamente originales de San Isidoro, que salieron de la librería por orden de Felipe II para una edición de las obras del santo patrono de esta Academia, el célebre *Cancionero de la Colombina*, como hoy se conoce, las *Satyræ* del humanista italiano Francesco Filelfo, "originales ex propria Philelphi manu", como anota puntualmente, y que tuve la fortuna de descubrir, (pero he aquí que también poseyó dos ediciones impresas de las mismas) y, finalmente, no por su calidad, sino por su procedencia, conviene recordar también unos manuscritos que con otros libros impresos compró del patricio veneciano Marin Sanudo, humanista e historiógrafo de la *Serenissima*, que por grandes apuros económicos se vio constreñido a vender su importante biblioteca de unos seis mil volúmenes.

No obstante, el comportamiento de Hernando Colón para con los manuscritos muestra claramente que no era un bibliófilo en el sentido estricto de la palabra. De acuerdo con sus criterios y, al igual que hiciera con los impresos, adquirió absolutamente de todo, sin limitaciones de materias u otras particularidades.

Para reunir los tesoros que todavía hoy admiramos se lanzó a partir de 1509/10 a la gran aventura de buscarlos por toda Europa. Infatigablemente recorrió repetidas veces los caminos de los Países Bajos, Alemania, Italia Inglaterra y Francia, difíciles, desconocidos y, sin duda, peligrosos, unas veces en el séquito del Emperador, las más le suponemos únicamente acompañado de algún criado. "Juzguen el trabajo que se pasó en allegar tantos libros de tierras tan extrañas y en tiempo de tantas guerras y disensiones", escribe a la postre el bachiller Juan Pérez. Nada nos dice al respecto don Hernando, salvo que en su testamento recomienda que el encargado de proveer en el futuro la biblioteca de libros "procure que sea ytaliano e si ytaliano no fuere que sea francés o alemán, que aya tenido mucha plática fuera de Alemania en Italia o Francia o España, porque siendo de qualquier destas tres naciones va más seguro fuera de España, e le miran con mejores ojos que no al español" y añade, con una alusión a su propia persona, que muy raras veces hace, "y esto tengo muy experimentado e quando yo andava fuera destes reynos [*i.e.* de España] syempre hablava ytaliano do quiera que fuese por no ser conocido por español, e con ésto, bendito nuestro Señor, me escapé de muchos

peligros en que me vi y en que fenesciera sy supiera que hera español". Nada tienen que ver estas manifestaciones con un sentimiento antiespañol, como algún historiador le ha reprochado. Don Hernando no hace más que transmitirnos su experiencia personal ante una realidad que no se puede ignorar: ¿Qué le vamos a hacer? Los españoles no tenían muy buena fama en la Europa del siglo XVI, en Italia, en la vecina Francia y, sobre todo, en la Alemania por entonces mayoritariamente protestante.

Al darse cuenta de que a España no llegaban fácilmente los libros que circulaban por Europa y que "de proveerse syempre de libros en Seuilla o en Salamanca avrá ynfinitos libros de que nunca terná noticia ni se pornán en la librería porque nunca se traen a estas partes", decidió buscarlos por toda ella, particularmente en Roma, Venecia, Nuremberg, Amberes, París y Lyon. Y no sólo en estos grandes centros de la imprenta y del comercio del libro, a donde "con todo género de libros que por la christiandad se ynprimen syempre los libreros acuden", sino en los lugares más remotos.

Así, en los años 1512 a 1516 pasa repetidas veces a Italia, residiendo largas temporadas en Roma, ocupándose no sólo de la adquisición de libros, sino también de asuntos de su hermano Diego y de gestiones diplomáticas como agente del rey Fernando, según apunta Emiliano Jos.

Unos años más tarde, en la primavera de 1520, se embarca en La Coruña con el séquito del joven Carlos I que se dirigía a los Países Bajos, camino de Aquisgrán, para ser coronado Rey de Romanos, y de Worms, donde había de celebrarse la memorable Dieta. Por el camino, visita en Lovaina a Erasmo, el príncipe de los humanistas, quien le obsequia con su *Antibarbarorum Liber*. Don Hernando no cabe en sí. Debajo de la dedicatoria autógrafa del Roterodamo "Don. Ferdinando Colon Erasmus Roterodamus dono dedit", escribe orgulloso y complacido: "Louanii die dominica octobris septima die anni 1520 qui quidem Erasmus duas primas lineas sua propria mano hic scripsit."

Recordemos en este contexto que en diferentes ocasiones fue también agasajado con obras de otras personalidades de las más diversas condiciones, entre ellas su propio tío Bartolomé, el maestro Elio Antonio de Nebrija, Hernán Pérez de Oliva, Juan Ginés de Sepúlveda, los obispos Juan de Zumárraga y Juan Bernal Díaz de

Luco, el humanista francés Symphorien Champier; y hasta su propio cocinero, que debía conocer bien la afición de su amo, le regaló un libro o don Hernando hizo que se lo regalara.

Mientras que Erasmo sí debió de impresionarle, el asunto de Lutero que iba a tratarse en la Dieta de Worms no le interesaba en absoluto. Todo el tiempo que permaneció en esta población se dedicó a leer una serie de libros que había comprado por el camino y a recorrer, cómo no, las tiendas de los libreros, ajeno a las cosas del mundo, a la alta política y a los graves sucesos que se cernían sobre los hombres de su época. Y antes de que apareciera el monje rebelde de Wittenberg, abandonó la ciudad para dirigirse Rin arriba a Italia del Norte, siempre impulsado por el incontenible deseo de enriquecer su biblioteca con nuevas adquisiciones. No será la única vez que don Hernando renuncie a presenciar un momento trascendental de la historia de su tiempo, porque si bien se hallaba en 1530 en Bolonia presenciando el largamente esperado encuentro entre Carlos V y el Papa Clemente VII, no asistió a la coronación del emperador del Sacro Imperio Romano de Nación Alemana. Una vez más fueron los libros los que le agujearon y se encaminó a Venecia y otras ciudades italianas y de allí, de vuelta por Alemania, a los Países Bajos. En Lovaina contrata los servicios de Nicolás Clenardo, conocido latinista y grecista belga, que le había sido recomendado por el arqueólogo y humanista portugués André de Resende. También emplea a Juan Vaseo y al borgoñón Johannes Harmonius, doctor en leyes, como colaboradores en la librería de Sevilla y compañeros de estudio. Juntos cruzan Francia a ña de caballo en un accidentado viaje, no carente de episodios trágico-cómicos que el dicharachero Clenardo refiere con singular gracia en sus cartas. Clenardo se quedará en Salamanca en pos de su gran ilusión: estudiar árabe en España. Vaseo, en cambio, desempeñará durante algún tiempo las funciones de bibliotecario en Sevilla, pero pronto desesperado y minado por el clima tropical de Andalucía (“desperatus iacuit, adeo illic omnia feruent in Betica ... et calida non placebat Hispalis”). Harmonius muere de un acceso de fiebre (“periiit correptus phrenesi”), como escribe Clenardo a Jacobus Latomus en 1533, y uno de los criados que con ellos vino desde Flandes “submersus est in Betico flumine”.

Entre tanto la librería había ido experimentando un descomunal crecimiento, sobre todo después de 1531, lo que hizo que Hernando Colón se convirtiera en un experto bibliógrafo, el primero que produjo España, aunque sus modernísimos conceptos no trascendieran después de su muerte y haya que esperar un siglo hasta la aparición de otro ilustre sevillano, Nicolás Antonio, con sus *Bibliothecae Hispano Vetus y Nova*. Sin antecedentes concretos en qué apoyarse, e impelido por la acuciante necesidad de controlar la adquisición de los libros que llegaban a Sevilla por centenares y millares, y para el mejor gobierno de su biblioteca, Hernando Colón discurrió sucesivamente una serie de repertorios bibliográficos que no envidian a los actuales. Contienen todos los elementos necesarios para una rápida identificación de las obras y su localización topográfica: nombre del autor, título, pie de imprenta, formato, incluso extremos como los comienzos y finales de las partes constitutivas de un libro: “prologus incipit ...; desinit; opus incipit, ... desinit”, los primeros versos de una obra poética, y otros detalles, como los referentes al precio, fecha y lugar donde se realizó la compra. Incluso llegó a idear un fichero de papeles sueltos, “manojos de papeles cortados y ensartados”, como explica el bachiller Juan Pérez, con los datos bibliográficos precisos, o sea un fichero como los que acostumbramos a ver todavía en cualquier biblioteca, y me atrevo a decir el primero que se conoce en la historia de éstas.

Siempre por los caminos de España y Europa, Hernando Colón paraba poco en Sevilla. En una de las raras estancias prolongadas en la ciudad del Betis (finales de 1525 - verano de 1529), decidió, para albergar la biblioteca, la construcción de su casa-palacio junto a la Puerta de Goles, a orillas del Guadalquivir, hoy desaparecida pero que puede verse en antiguos grabados. En este hogar - “verdadero monte Parnaso, así por la frescura de la huerta, como por la casa y multitud de libros”, escribe Juan de Mal Lara -, don Hernando se entregó principalmente a la organización de su biblioteca. Poco tiempo le quedaría para gozar de la lectura.

Don Quijote, que se volvió loco por los libros, tuvo que “vender muchas hanegas de tierra de sembradura” para hacerse “con una cantidad de libros absolutamente desmesurada para una persona de su tiempo, lugar y condición”, según apunta Edward Baker. Pero el hidalgo de la Mancha leía, aunque compulsiva-

mente, sus Amadises, Palmerines, y Renaldos, y hasta obras serias como *La Araucana* de Alonso de Ercilla o *La Galatea* del mismo Cervantes, que también poseía. Hernando Colón, en cambio, con toda la pasión por los libros y dueño de una de las bibliotecas más grandes de su época, apenas tuvo tiempo para leer algunos libros o hacérselos leer. En ocasiones un libro le acompañaba en sus viajes. Así en las *Questiones super libro sententiarum* del cardenal Pierre d'Ailly, comprado en Medina del Campo en julio de 1518, se lee la siguiente nota: "In ciuitate Hispalensi per quendam famulum meum quintadecima decembris 1519 fuit inceptum legi hoc uolumen me prandente ac cenante cuius tres primi libri finiti fuere in Ualentia ciuitate in fine mensis januarii 1520, quartus uero fuit inceptus Bruselis in Flandria 26 iunii eiusdem 1520, ac in eodem oppido fuit totum prefatum uolumen 10^a iulii sequentis finitum". Casi inmediatamente después acomete la lectura del *Magnus elucidarius omnes hystorias et poeticas fabulas continens* de Conradus de Muris que había comprado poco antes en Gante en agosto de 1520, informándonos que "Hunc librum incepti legere ac annotare Bruselis 29 augusti 1520, cuius maiorem partem perlegi Burmez [*i.e.* Worms] oppido Alemanie usque ad mensis Januarii 1521 finem", - es decir mientras los grandes decidían sobre los destinos del Imperio - "reliquam ueram partem perlegi in diuersis locis et temporibus". No obstante, con una capacidad de trabajo inusitada, dejó incluso libros anotados de su mano. Así, en las obras de Séneca, que comenzó a leer y a anotar el sábado 6 de marzo de 1518, no pudiéndolo terminar hasta el 8 de julio de 1520, "distraydo por muchas ocupaciones y caminos", escribe, no sin orgullo y satisfacción, al lado de los célebres versos de la *Medea*:

Venient annis saecula seris
 quibus Oceanus vincula rerum
 laxet et ingens pateat tellus
 Thetysque nouos detegat orbis
 nec sit terris ultima Thule

"haec propheta impleta est per patrem meum Cristoforum
 Colon almirantem anno 1492".

Don Hernando ciertamente no era de los *bibliótafos*, “sabios - como explica el padre Terrero - “que tienen libros raros y curiosos, y los guardan tanto, que no los comunican a persona alguna, y así se les da el nombre de bibliótafos, porque son como sepulcro de los libros”. Pero tuvo sus prevenciones, cuando en su última voluntad manifiesta que la librería que había reunido con tantos esfuerzos no había de ser pública, sino, en todo caso, semi-pública. “Digo que esta librería no se hace tanto para estudio común como para guarda de todos los libros (...) e que lo demás para el común basta para satisfazerse de dudas o ver vna cosa notable”. Los potenciales lectores habían de contentarse, a lo más, con hojear los libros detrás de una reja o estudiar los epítomes, “que para estudiar, *ad longum*” - sigue diciendo - “no les ha de faltar estudios e libros en que deprendan, pues vemos que ynposible guardarse los libros aunque estén atados con cient cadenas”.

Con ese celo por conservar más que por difundir, don Hernando no se muestra tan moderno; pero gracias a sus desvelos, y a pesar de todos los contratiempos, hoy podemos disfrutar de ese impresionante legado que es la Biblioteca Colombina. “Por lo qual” - y termino con estas palabras del “magnífico caballero” Pero Mexía - “él deve ser alabado y meresce que los que en esta ciudad bivimos roguemos a Dios por su ánima; la qual, según fue su vida, tan virtuosamente gastada en letras y en honestos exercicios, y su tan christiana y buena muerte, yo creo cierto que está en la gloria de Jesuchristo”. Así sea.

He dicho.

BLIOGRAFÍA SELECTA

- ANGLÉS, HIGINIO: "La música en la Biblioteca Colombina y en la Catedral de Sevilla", *Anuario musical* 2 (1947), págs. 3-39.
- BABELON, JEAN: *La bibliothèque française de Fernand Colomb*, Paris, Librairie Ancienne Honoré Champion, Éditeur, 1913.
- BEAUJOUAN, GUY: "Fernand Colomb et l'Europe intellectuelle de son temps", *Journal des Savants*, octubre - décembre 1960 [1961], págs. 145-159.
- CHAPMAN, CATHRINE W.: "Printed Collections of Polyphonic Music Owned by Ferdinand Columbus", *Journal of the American Musicological Society* 21 (1968), págs. 34-84.
- HERNÁNDEZ DÍAZ, JOSÉ Y ANTONIO MURO OREJÓN: *El testamento de Don Hernando Colón y otros documentos para su biografía*, Sevilla, Instituto Hispano-Cubano de Historia de América, 1941.
- JOS, EMILIANO: *Investigaciones sobre la vida y obras iniciales de don Hernando Colón*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1945.
- MARÍN MARTÍNEZ, TOMÁS: «*Memoria de las obras y libros de Hernando Colón*» del bachiller Juan Pérez, Madrid, [edición del autor], 1970.
- MARÍN MARTÍNEZ, TOMÁS, JOSÉ MANUEL RUIZ ASENCIO, KLAUS WAGNER: *Catálogo Concordado de la Biblioteca de Hernando Colón*, Madrid: Fundación Mapfre América, I, 1993, II. *Ibid.*, 1995. (En curso de publicación.)
- RODRÍGUEZ-MOÑINO, ANTONIO: *Los pliegos poéticos de la Biblioteca Colombina (siglo XVI): estudio bibliográfico*, Berkeley-Los Angeles-London, University of California Press, [1974].
- WAGNER, KLAUS: "Verzeichnis der in der Biblioteca Colombina (Sevilla) vorhandenen Druckwerke in deutscher und niederländischer Sprache", *Archiv für Geschichte des Buchwesens* X (1969), cols. 865-887.
- "Sulla sorte di alcuni codici manoscritti appartenuti a Marin Sanudo", *La Bibliofilia* (Firenze) LXXIII (1971), págs. 247-262.
- "Judicia Astrologica Colombiniana: Bibliographisches Verzeichnis einer Sammlung von Praktiken des 15. und 16. Jahrhunderts der Biblioteca Colombina Sevilla", *Archiv für Geschichte des Buchwesens* XV (1975), cols. 1-98.
- "Un manuscrit autographe inconnu de Francesco Filelfo", *Scriptorium* XXXI (1977), págs. 70-82.

-
- “La reforma protestante en los fondos bibliográficos de la Biblioteca Colombina”, *Revista Española de Teología* 41 (1981), págs. 393-463. También en: *Humanismo, Reforma y Teología. Cuadernos de Historia de la Teología*, Cuaderno 40. Serie Repertorios, 13. Madrid, C.S.I.C., 1982.
 - “El itinerario de Hernando Colón según sus anotaciones: datos para la biografía del bibliófilo sevillano”, *Archivo Hispalense* 203 (1984), págs. 81-99.
 - “Libros obsequiados a Hernando Colón y otras curiosidades de su biblioteca”. *Homenaje a Pedro Sáinz Rodríguez*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1986, III, págs. 713-724.
 - “Hernando Colón: El hombre y su biblioteca”. *La Biblioteca Colombina y Capitular de la Catedral de Sevilla*. Sevilla, Consejería de Cultura y Medio Ambiente. Junta de Andalucía, Asesoría Quinto Centenario, 1990 [1991], págs. 43-67.
 - “La Biblioteca Colombina en tiempos de Hernando Colón”, *Historia. Instituciones, Documentos* 19 (1992), págs. 485-495.
 - WAGNER, KLAUS / MANUEL CARRERA: *Catalogo dei libri a stampa in lingua italiana della Biblioteca Colombina di Siviglia. Catálogo de los impresos en lengua italiana de la Biblioteca Colombina de Sevilla*, Ferrara, Franco Cosimo Panini Editore, [1991]. [Istituto di Studi Rinascimentali, Strumenti.]